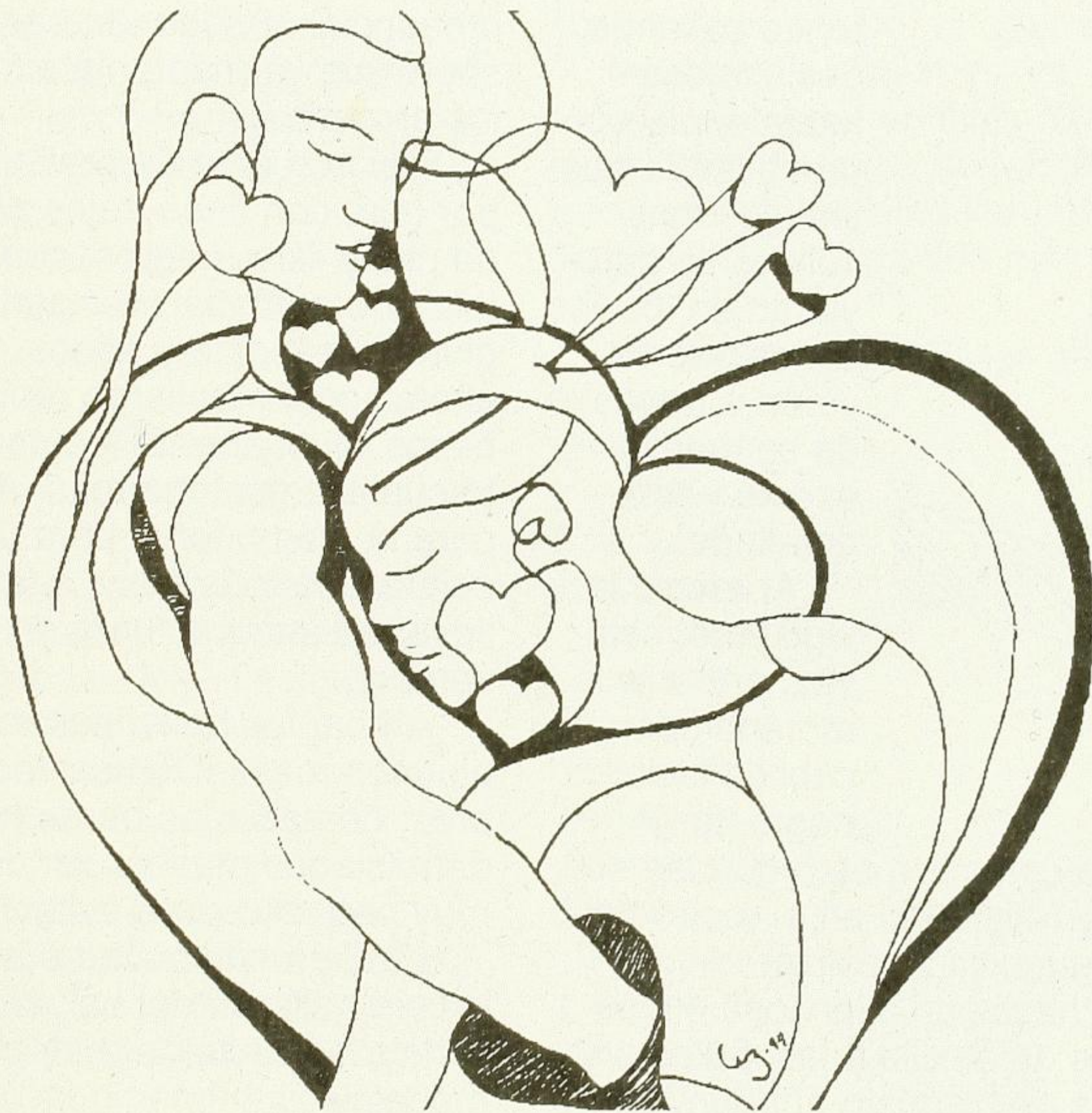


Salud

El dolor de la circuncisión



Un relato de la vida real acerca del trauma de una mujer al encontrarse ante el cuchillo del cirujano.

La circuncisión femenina, como muchos otros rituales llevados a cabo por ciertos grupos del norte de Ghana, fue establecida de buena fe. Para nosotros, era como el Dipo, los ritos de pubertad que los Krobos practicaban en el sur. No significaba que aquellos que creían en ella e insistían en practicarla no amaran a sus hijas sino que el ritual era considerado una tarea sagrada por las

niñas, sus padres y la comunidad.

Cuando tenía once años de edad y estaba a punto de entrar interna a la secundaria, cinco compañeras de clase y yo tuvimos que practicar la operación. Por lo general, las niñas de mi tribu eran circuncidadas entre los 16 y 18 años, cuando estaban listas para casarse con hombres a quienes ya estaban prometidas. Sus enamorados se mostraban interesados en el ritual llevando consigo regalos.

La circuncisión se considera un acto de pureza, de valentía y la prueba de virginidad que todo hombre busca. Como la operación se

practica en grupos, ninguna niña quiere que ella y sus padres caigan en desgracia siendo infiel a su prometido pues el que realiza la operación siempre está dispuesto a señalar a aquella que no sea virgen. Además de la desgracia, ocasiona también gastos mayores. Por esta razón, los padres eran doblemente cuidadosos con respecto a sus hijas, para ahorrarse así la vergüenza y el dinero.

Viendo hacia atrás, podría pensar que el hecho de que mi operación se hubiera llevado a cabo a una edad tan temprana (aunque en la actualidad se le practica a niñas aún más pequeñas) se debió tal vez a querer evitarme las tentaciones urbanas y a que nuestros padres sabían que al crecer y volvernos más informadas podíamos rehusarnos a llevar a cabo el ritual.

Recuerdo que nos llevaron a la operación una mañana de diciembre en 1957, unos días después de terminar la escuela. Era una norma aceptada por la sociedad que toda mujer en edad de poderse embarazar fuera operada así que ¿por qué nosotros no? Yo nací y crecí en una población muy chica así que, a los once años de edad, no sabía nada del dolor y menos aún de los riesgos a la salud.

De hecho hasta me sentía entusiasmada por la operación. Después de una, dos, tres niñas llegó mi turno. Unas mujeres experimentadas inmovilizaron mis piernas sobre el suelo y el cirujano

comenzó a trabajar.

No podría describir el dolor que se siente en todo el cuerpo cuando el cuchillo empieza a rasgar. Es como si una persona indefensa viera cómo le cortan la garganta. El cuchillo, tallando en un lugar determinado, mandaba electrodos al cuerpo. Cuando me abrieron por segunda, tercera y cuarta vez sentí que mi corazón se había detenido y había llegado la hora de mi muerte. Por más que gritara y llorara nada podía salvarme hasta que se diera esa última cortada que extrajera la indeseable pieza. Es una experiencia que nunca se puede olvidar.

Sin embargo, la agonía no paró ahí. De regreso a casa, con sólo una vara para sostenernos y un pedazo de trapo para absorber la sangre que escurría, estábamos pálidas y enfermas. Los primeros tres días después de la circuncisión fueron como si viviéramos el infierno sobre la tierra. La orina al entrar en contacto con la herida era como yodo concentrado vertido sobre una llaga. Gritaba y le pedía ayuda a mi madre pero no, la orina tenía que escurrir hasta que se terminara.

Durante esos días, no podíamos tomar mucha agua por miedo al dolor que nos causaba el orinar, así que la mayoría de nosotras estábamos deshidratadas. Luego todas las mañanas y las tardes venían a curarme la herida. Llegaban varias mujeres fuertes que me detenían de pies y manos para que la persona encargada de la curación pudiera trabajar. Esta se realizaba con agua caliente y jabón "alata" (un jabón negro local) y cada vez aullaba hasta sentir que me quedaba sin corazón ni pulmones. Tuve suerte porque no sufrí de infecciones ni gangrena. Esta rutina de curaciones y alaridos duró una semana y durante ese tiempo, la única pomada que se usaba como sedante era mantequilla.

Para consolarnos, nos daban de comer con frecuencia y nos cuidaban como si acabáramos de dar a luz. No nos permitían caminar a menos que la naturaleza nos obligara a hacerlo.



Después del periodo de curación, se reservaba un día para nuestra iniciación y se nos permitía mezclarnos con libertad entre la gente. Era un día de fiesta, con mucha comida y nosotros cantábamos y bailábamos lo que habíamos aprendido durante nuestro encierro. Nos daban ropa nueva para que todas las que no habían pasado por el ritual nos envidiaran. El día terminaba en la plaza del mercado donde nos exhibían con orgullo.

Para la comunidad era un día de felicidad y buenos deseos porque ya se nos consideraba mujeres. Como sucedía con todas las niñas, mientras crecía iban preparando mi mente para mi ritual. Me contaban historias sobre mujeres que no pasaban la operación y lo que les sucedía. Si me hubiera rebelado, me hubiera hecho acreedora de uno de los insultos más terribles de nuestra comunidad, el de una mujer que va por el mundo con su clítoris y las insinuaciones que sus rivales

le dirigían. Según nuestras tradiciones, estas mujeres tenían que operarse el mismo día de su primer parto, antes de que el niño naciera. Aparte de la vergüenza que causaba una mujer de este tipo y el esposo que lo permitía, esto también significaba que la tradicional partera cobraba una cantidad extra pues creía que si ayudaba a parir a una mujer con clítoris quedaría ciega.

En la actualidad, cuando veo a mi hija que está a punto de parir, me siento feliz de que nunca tenga que pasar por el mismo dolor y sufrimiento por el que yo pasé esa fría mañana de harmatán.

Con la llegada de la educación, la práctica perdió su significado. A ninguna mujer o niña le gustaría pasar lo mismo otra vez aunque en algunos poblados remotos se sigue practicando. Lo que es más, los viejos que insistían en mantener estas prácticas por costumbre, están muriendo y nadie considera un orgullo tomar el papel del cirujano.

La escritora de este artículo es una periodista de 48 años de edad que desea mantenerse en el anonimato. Recientemente, el parlamento pasó un proyecto de ley en la que la circuncisión femenina es considerada un crimen en Ghana.

Traducción: Victoria Zamudio Jasso

Tomado de AWO (African Women's Option).